

La herencia del siglo V

por JOSÉ ALSINA

Nos hemos propuesto, en este II Simposio barcelonés de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, descubrir el sentido del siglo iv a. C. Decimos descubrir, por cuanto partimos del principio de que la personalidad integral de una época, de un siglo, de un período histórico, puede contemplarse desde muchos puntos de vista, desde diversos ángulos de perspectiva que dificultan, si no imposibilitan, el diagnóstico absoluto. Y eso es, aplicado al siglo iv, acaso más verdad que nunca. Por lo pronto, se trata de un siglo trascendental en la historia de Grecia: entre 399 y 322 se va a jugar el mundo griego la carta decisiva de su libertad. A partir de los últimos años del siglo, el mundo helénico entra en una nueva etapa de su historia, etapa que se ha tardado en descubrir como un período con sentido y personalidad histórica — me refiero al Helenismo — pero que, como reacción, parece que pretende hurtar personalidad al siglo iv. Y, en efecto, este siglo suele ser estudiado como un período que prepara al Helenismo. El siglo iv, en suma, es visto hoy como un simple momento de transición. Pero ¿no es, en Historia, todo transición? La pregunta se la formuló ya Ortega. Pero creo que no es ocioso replantearla nuevamente. Porque, en efecto, en historia todo es transición, esto es, paso de un momento a otro. Pero hay etapas, en el curso de la Humanidad, en las que se asiste a una verdadera crisis, en las que contemplamos cómo los valores hasta entonces vigentes sin discusión, pierden vigor, pierden fuerza, y los hombres que viven en estos períodos dan la impresión de estar desorientados. Esta desorientación se traduce en una búsqueda afanosa de nuevos caminos, en un otear, ensayar nuevos rumbos, en un dar dos pasos adelante y uno atrás, para después avanzar nuevamente.

El siglo iv, pues, puede ser abordado como un “todavía no”, como un momento en el que alborea el mundo alejandrino. Pero ese alborear es algo vago, indeciso, oscuro. Por otra parte, el siglo iv tiene planteados unos problemas que ha heredado del período inmediatamente anterior. Una buena parte de los conflictos con los que se debate se plantean porque los problemas del período anterior no han sido resueltos de un modo definitivo. Nuestro siglo, pues, ocupa un lugar especial en la historia de Grecia: heredero de unos problemas no resueltos en el siglo v, la forma cómo en parte va resolviéndolos anuncia ya, por lo menos parcialmente, el período helenístico. “Chargé du passé et gros de l’avenir”, el siglo iv parece estar condenado a ser un simple paso, una pasarela que nos conducirá desde el mundo postpericleo al mundo alejandrino. ¿Es ésa, realmente, su misión histórica? ¿Podemos decir que, en puridad, el simple hecho de ser una transición agota el sentido histórico del siglo iv? En todo caso, nuestra

intención es intentar descubrir la personalidad auténtica del siglo. Ver de perfilar los rasgos específicos que puedan otorgarle una auténtica personalidad.

Lo cierto es que, por lo pronto, los problemas de lo que hemos convenido en llamar siglo iv — y que, como todo siglo histórico, no coincide con el siglo cronológico — hunden sus raíces en los momentos finales de la Atenas imperialista del siglo pericleo. Y eso no es pura tautología o mero perogrullo. ¡Naturalmente que el siglo iv tiene que empalmar directamente con el v! Pero en nuestro caso la aseveración adquiere el rango de principio histórico: a fines del siglo v termina una guerra, pero el conflicto básico que la había provocado no está resuelto enteramente. Dicho en otras palabras: los hombres del siglo iv entran en la existencia histórica con un conflicto no resuelto. Y buena parte, si no toda, de su personalidad, estará marcada por ese conflicto, por esa crisis no resuelta.

Es un lugar común afirmar que con la guerra del Peloponeso se consuma la crisis definitiva del régimen de la ciudad-estado. Afirmación que, digámoslo de entrada, nos parece un tanto errónea. Por lo pronto, los estudiosos de la historia institucional de Atenas — pues en Atenas se piensa al hacer esa afirmación — suelen indicar, a veces con un gesto de sorpresa, que el rasgo más típico de la democracia ateniense en el siglo iv es su gran estabilidad.¹ Lo que ocurre es que una buena parte de críticos antiguos y modernos de la democracia ateniense adoptan una actitud hostil ante el fenómeno democrático de Atenas. De los antiguos lo creemos así porque los textos que se han conservado proceden, casi de un modo exclusivo, de enemigos de la democracia. Los modernos, porque no han podido realizar una crítica a fondo de esas fuentes. Se observa hoy, finalmente, una nueva actitud ante el fenómeno de la democracia ateniense. Ya no se habla, al estudiar el siglo iv e incluso los finales del v, de una “corrupción” de las instituciones democráticas como hacía, por ejemplo, Glotz.² Al contrario, se observa una sana reacción contra ese *parti pris*³ consistente en achacar todos los éxitos de Atenas a la *élite* nobiliaria y atribuir todos los fracasos al hecho de que la *chusma* era la que detentaba el poder, mientras los “demagogos” se limitaban a halagar a la masa. La democracia ateniense, pues, funcionó, y no mal, durante el período comprendido entre 403 y 322. Y al decir democracia, asociamos a ese nombre la institución de la *polis*. Incluso cabe decir que su funcionamiento fue mejor que en buena parte del siglo v por el hecho de que, durante el siglo iv, las fuertes tensiones que dominaban en la Atenas de Pericles habían desaparecido. Y la razón no es que, como ha señalado Perlman recientemente, durante el siglo iv “la democracia ateniense, aunque extremista política y constitucionalmente, era moderada en su estructura social”:⁴ el liderato político estuvo en manos de una burguesía enriquecida, profundamente interesada en la existencia de la democra-

1. “The stability and continuity of this democratic régime between the years 403-322 is striking against the background of complaints which were made against it both in ancient times and in modern research”. Sh. PERLMAN: “The Political leadership in Athens in the fourth century B. C.” (*La Parola del Passato*, CXIV, 1967, 162).

2. *La cité grecque*, p. 384.

3. Un buen ejemplo lo tenemos en el libro de W. G. FORREST: *La democracia griega* (trad. esp. Madrid, Guadarrama, 1966). Ha contribui-

do a ese cambio de enfoque especialmente de STE.-CROIX (“The popularity of the Athenian Empire”, *Historia*, 1954, 1 s.). Por otro lado, se ha intentado demostrar que el funcionamiento de la *ecclesia* no era en el siglo iv tan malo como algunos historiadores han pretendido: cf. P. BRIANT: “La Boulé et l’élection des ambassadeurs à Athènes au IV siècle” (*Révue des Études anciennes*, LXX, 1968, 7 y ss.).

4. PERLMAN, *art. cit.*, p. 162. Cf. asimismo A. H. M. JONES: *The Athenian Democracy*, 23 y siguientes.

cia, y la antigua aristocracia había quedado reducida al silencio, aunque algunos de los políticos de la época se hayan reclutado entre las filas de los *genetai*⁵ y aunque no hubiera quedado eliminada la acción de las *hetaireiai* aristocráticas, con su política de subversión clandestina.⁶

Precisamente en esa estructura social, bastante homogénea, vemos nosotros uno de los factores que el siglo IV ha heredado del siglo anterior. Durante el siglo V, en efecto, el clima político es sometido a fuertes tensiones. La aristocracia se siente amenazada de raíz con la reforma de Clístenes; Pericles, como buen Alcmeónida, procura esterilizar la posible oposición que los otros clanes puedan hacer a su política, y lo consigue en parte. El resultado es que la oposición se hace clandestina, los "clubs" aristocráticos actúan a la sombra y en dos ocasiones instauran un régimen de extrema derecha acompañado del terror: son las dos experiencias del 411 y del 404.⁷

Con la derrota de Atenas cambia la perspectiva. Ya antes, con la muerte de Pericles, la democracia ha respirado a sus anchas, y Cleón significará ese respiro tras tantos años de "democracia de nombre" o aparente.⁸

Pero si el partido democrático radical recupera, con la desaparición de Pericles, el puesto que de nombre ya ocupaba en la política, no ocurre lo mismo, al parecer al menos, con los aristócratas. "Entre 429 y 339 — ha dicho Mac Kendrick —⁹ la aristocracia ateniense, diezmada y destruida en parte por la peste y desplazada por la clase dirigente de los nuevos ricos... se apartó de la política." Se añade a todo ello el hundimiento del imperio, que trae aparejada la ruina de los clerucos, que son desposeídos de las tierras que se les habían asignado durante el imperialismo ático.¹⁰ Entre las clases altas surge el ideal político de la *apragmosyne*, en abierta oposición con la *polypragmosyne*, el rasgo típico de la Atenas democrática del siglo V.¹¹ Todo ello, evidentemente, introduce una profunda modificación en el equilibrio social y, de rechazo, en la lucha política.¹²

Pero las consecuencias de la guerra del Peloponeso no se limitan a los efectos que ésta había de provocar en la política interior y en la estructura social ática. La guerra había sido un conflicto en el que se ventilaba no la cuestión de la viabilidad del régimen de la polis, sino, y eso es lo importante, si la dualidad Atenas-Esparta iba a resolverse en favor de uno u otro bando. Es bien sabido

5. Véase especialmente, P. MAC KENDRICK: *The Athenian Aristocracy*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1969.

6. Sobre la actitud de las *hetaireiai* oligárquicas, cf. especialmente G. M. CALHOUN: *Athenian Clubs in Politics and Litigation*, Austin, 1913 y F. SARTORI: *Le eterie nella vita politica ateniese*.

7. Cf. CALHOUN, *op. cit.*, 107 y ss. sobre el asesinato político.

8. Es sabido que el propio Tucídides (II, 65, 9) califica así el régimen de Pericles. Sobre las nuevas perspectivas para valorar, muchas veces favorablemente, la figura de Cleón, cf. A. G. WOODHEAD: "Thucydides' Portrait of Cleon" (*Mnemosyne*, ser. IV, vol. XIII, 1960, 289 ss.). Véase además, H. HERTER: "Pylos und Melos" (*Rheinisches Museum*, 97-1954, 316 ss.) y F. M. WASSERMANN: "Post-periclean Democracy in action: The mytilenean Debate" (*Trans. Amer.*

Philol. Association, 87-1956, 27 ss.), y el trabajo citado de STE-CROIX (con la polémica que suscitó y que puede seguirse a través de la revista *Historia*).

9. *Athenian Aristocracy*, p. 3.

10. Cf. JONES: *Athenian Democracy*, 5 ss.

11. Cf. V. EHERENBERG: "Polypragmosyne: A Study in Greek Politics" (*Journal of Hell. Studies*, 67-1947, 46 ss.) y MAC KENDRICK, *op. cit.*, 3 y ss.

12. Los estudios básicos para esta cuestión son: J. BELOCH: *Die attische Politik seit Perikles*, Leipzig, 1884; J. SUNDWALL: "Beiträge zur sozialenpolitischen Geschichte Athens im Zeitalter des Demosthenes" (*Klio*, Beiheft, 4, 1906); WADE-GERY: "Studies in the Structure of Attic Society", (*Class. Quart.* 25-1931, 129 s.); R. J. HOPPER: "The attic silver mines in the fourth century" (*Br. School at Athens*, 48-1953, 200 ss.).

que la balanza se inclinó de momento a favor de Esparta, pero es sabido también que los espartanos no fueron dignos liberadores del mundo helénico. Al contrario, debido a su política altamente egoísta, pronto el descontento hizo presa de los ánimos de los griegos, quienes vieron cómo lo que ocurría era, simplemente, un cambio de dueño. Es más, incluso los antiguos aliados de Esparta, Corinto y Tebas, se sintieron profundamente defraudados, y ese sentimiento de frustración fue aprovechado por Persia para provocar el estallido de la guerra de Corinto, que, con razón, ha sido calificada como "a key to the understanding of a part, at least, of the pattern of Greek History in the fourth century".¹³

Cuáles fueron las verdaderas causas del estallido de esta guerra es una cuestión muy debatida y no hay entre los estudiosos un acuerdo unánime. Que la ingerencia persa en los asuntos internos de Grecia fuera la *alethestate prophasis*, como opinan, entre otros, Bengtson y Ed. Meyer,¹⁴ es poco verosímil. Más bien hay que creer que el Gran Rey aprovecharía el descontento reinante para fomentar la nueva coalición. Esto lo vio ya muy bien el autor anónimo de las *Helénicas de Oxirrínco*¹⁵ quien (II, 2) insiste en que —en contra del punto de vista de Jenofonte, *Helénicas*, III, 5, 1— ya antes de la "embajada" de Timócrates a Grecia, el partido belicista, al frente del cual se encontraban Epícates y Céfalo, deseaba la guerra. En efecto, como señala el Anónimo, algunos relacionaban la misión de Timócrates con el estallido de la guerra, οὐκ εἰδότες πᾶσιν αὐτοῖς συνεβεβήκει πάλαι δυσμενῶς ἔχειν πρὸς Λακεδαιμονίους καὶ σκοπιεῖν ὅτιως ἐκπολεμηῆσοσι τὰς πόλεις.

En resumen, y de acuerdo con los datos que nos proporciona el Anónimo, un movimiento de hostilidad hacia Esparta cuajaba tanto en Atenas, cosa comprensible, como en Tebas, en Argos¹⁶ y en Corinto. Y tiene muy buena cuenta de señalar que, contra la tesis de los filoespartanos como Jenofonte, que pretendían explicar la causa de la guerra por motivos de venalidad,¹⁷ la guerra estalló porque Esparta no se comportó con sus antiguos aliados de un modo justo. Otros historiadores, como recientemente Perlman,¹⁸ creen encontrar un ligero matiz diferencial: la guerra estalló porque se empezaba a abrigar un fundamentado temor en la futura intervención espartana en los asuntos internos de las ciudades griegas. En tal caso, la contienda habría sido una especie de "guerra preventiva". Pero no nos importa, para nuestro tema, hilar tan delgado: lo que sí conviene poner de relieve es que la guerra corintia fue una secuela de la guerra del Peloponeso y, en este sentido, un conflicto que el siglo IV heredaría y tendrá que resolver a su manera.

13. PERLMAN: "The causes of the outbreak of the Corinthian War" (*Class. Quart.*, XIV, 1964, p. 64 ss.). El autor, empero, creo que va demasiado lejos al suponer que sólo el temor a una posible intervención espartana en los asuntos internos de las ciudades griegas provocó el estallido de la guerra. No era un simple temor. Sobre la guerra corintia en particular, cf. S. ACCAME: *Ricerche intorno alla guerra corinzia*, Nápoles, 1951.

14. BENGTSON: *Griechische Geschichte*, 1960^s, p. 250 (Munich); Ed. MEYER: *Theopomps Helleniká*, 48; el libro de BURN: *Persia and the Greeks*, Londres, 1962, se cierra en los hechos de 478 y, por tanto, no toca este punto. Véase,

en cambio, LARSEN: *Greek Federal States*, Oxford, Clarendon, 1968, 148 ss.

15. Sobre los problemas de atribución de autor a esta obra, hay, como es sabido, diversidad de opiniones: Ed. Meyer sostenía que el autor era Tepompo. Contra esta tesis, cf. BRUCES: *A Historical Commentary to the Hellenika Oxyrhynchia*, Cambridge, 1967, 23 ss. Bruces no se decide por ningún nombre y llama al autor el Anónimo.

16. Cf. *Hell. Oxyrh.*, II, 2.

17. JENOFONTE, *Hel.*, III, 5, 1, contra el que polemiza el autor de las *Hel. de Oxirrínco* en el pasaje antes citado.

18. Art. citado en nota 13.

Sean cuales sean las causas que provocaron el estallido de la guerra corintia, sí urge señalar que este conflicto reviste todos los caracteres de los grandes conflictos que ensangrentaron la Hélade durante el siglo v. Es más, creo que los hombres que protagonizaron la contienda tenían conciencia plena de estar continuando una lucha que no se había resuelto plenamente con la toma del Pireo por Lisandro. Ni siquiera la firma del tratado de paz entre Atenas y Esparta puede ser considerada como un hito definitivo en el enfrentamiento secular entre las dos potencias. Los griegos comprendían que lo único que había ocurrido es que el imperio había pasado de manos atenienses a manos espartanas. Conón, que continuó la lucha apoyado por los recursos persas, no deja de parecerse un poco al Alcibiades que intenta recuperar su propia patria, aunque los móviles de Conón sean más patriotas y menos personales. Dicho con otras palabras: durante el primer tercio del siglo iv estamos respirando una atmósfera que en nada se diferencia de la que respiraban los griegos en el último tercio del siglo v. La generación que preside los destinos de la Grecia entre 403 y 380 es una generación semejante a la anterior, y los intelectuales que, como Isócrates, procuran clarificar los hechos, se expresan en un lenguaje que sólo en ciertos matices se distingue del lenguaje de un Alcibiades, un Cleón, o un Lisandro. Éste, por otra parte, como Conón y como Trasíbulo, ha vivido incluso los últimos años de la guerra anterior.

Hay, empero, un hecho que introduce un ligero matiz diferencial: la entrada de Persia en la política interior de los griegos, entrada que se realiza inmediatamente tras la caída de Atenas en 404 y que va a continuar a lo largo de todo el siglo iv.

La razón de la guerra del Peloponeso es la oposición Atenas-Esparta. Lo que está en juego es, en última instancia, el destino de las demás ciudades griegas, es la libertad de estas ciudades, que verán pasar el poder, de un modo pendular, de Atenas a Esparta para volver a pasar a manos de Atenas. Incluso un hombre como Isócrates, que en muchos aspectos va a ser un adelantado de las nuevas ideas, habla, en su *Panegírico*, un lenguaje típico, semejante al que es habitual durante la guerra peloponésica. Alrededor de 380, pues, Grecia se debate todavía en torno al problema de si ha de ser Atenas o Esparta quien detente la hegemonía sobre Grecia. No ha cambiado mucho el horizonte político.

Las cosas van a cambiar un tanto cuando la generación siguiente salte al palenque político. Se observa ahora un ligero pero sintomático cambio en el mundo helénico, y que consiste en el gran auge del movimiento diplomático, que, evidentemente, va a dar el tono, hasta cierto punto, al siglo iv. Es significativo, a este respecto, que mientras los estudios consagrados a los movimientos diplomáticos anteriores al siglo iv son en general escasos, al pasar al siglo iv se observa un aumento considerable de la bibliografía.¹⁹ El fenómeno es debido a dos hechos. En primer lugar, a una mayor documentación sobre las fuentes, que son, sobre

19. M. HEYSE: *De legationibus atticis*, Gotinga, 1882 es el mejor estudio del siglo xix sobre este punto. En el siglo xx, se ha vuelto a insistir en este problema, con nuevas perspectivas: cf. P. BRIANT: *L'organisation des relations extérieures à Athènes au IV siècle*, Diploma inédito de estudios superiores, 1962; cf. la nota en *Révue des Études Anciennes*, 1968, p. 7; PERLMAN: "The Politician in the athe-

nian democracy of IV century" (*Athenaeum*, n. s. 41-1963, 33 s.) y los trabajos de D. J. MOSLEY: "An athenian law on ambassadors?" (*Proc. of African Class. Stud.*, 1962, 5). Sobre la paz del rey y los problemas que comporta, especialmente en el campo diplomático, cf. T. B. RYDER: *Koine Etrene. General Peace and Local independence in Ancient Greece*, Oxford, 1965.

todo en ciertos círculos actuales, explotados en una medida considerable. En segundo lugar, a que, hacia 375, se produce un cambio en la concepción helénica de la política, sobre todo en lo que concierne a Atenas. Es central, en este contexto, la figura de Calistrato,²⁰ el alma de la segunda Confederación ateniense,²¹ y cuyas ideas sobre el respecto introducen una dimensión nueva en la larga tradición helénica. Me refiero a su doctrina del equilibrio político, que tanto habrá de influir en la génesis de las ideas políticas del joven Demóstenes.

Cabría decir que los líderes políticos de la segunda generación del siglo iv están dotados de una mentalidad menos idealista, y que, frente a los hombres de la gran tradición democrática del siglo v, adoptan una actitud más empírica ante los hechos. Acaso no haya dejado de influir en el pragmatismo de esa corriente política el hecho de que los principales creadores de la segunda Confederación procedan en su gran mayoría de la alta burguesía ateniense.

Con la aparición de Tebas como gran potencia en el concierto político helénico se produce un hecho nuevo, que vendrá a alterar, hasta cierto punto, el tradicional dualismo que, desde los tiempos de la Pentecotecia, había sido el gozne de las relaciones internacionales griegas. Tebas aspira a la hegemonía y, en esta perspectiva, sus deseos de supremacía hunden sus raíces en la concepción política tradicional. El fenómeno de la aparición de un tercero en discordia, por otra parte, determina y posibilita la práctica de la política del equilibrio que, iniciado por Calistrato, será la pauta del comportamiento político de Atenas durante toda la segunda parte del siglo.

Pero la experiencia tebana sólo pudo alterar ligeramente las coordenadas políticas griegas del siglo iv. Primero, porque su intento de hegemonía tuvo una duración muy corta, y segundo, porque el régimen tebano era de carácter militar, que iba a caer con la desaparición de sus líderes. Lo que sí importa señalar es que las aspiraciones tebanas de dominio sobre Grecia resultaban harto anacrónicas.

Cabe distinguir una tercera generación aún que vive la experiencia del hundimiento de la segunda Confederación, lo que, a la postre, era el fracaso final y definitivo de la tendencia a mantener los ideales del siglo v. Ahora sí que la herencia del siglo v va a experimentar un cambio radical, y la política ateniense realizará un giro de 180 grados. Hasta entonces, Atenas había significado en el mundo helénico una política definida y clara: la democracia y el imperio.²² Libertad para el ateniense en el interior y sumisión de los demás griegos en el exterior es el programa que, con brevísimas excepciones, domina la política ática desde las guerras médicas hasta 355. El ateniense no ha renunciado jamás a ser el árbitro de la política internacional, a imponer su yugo en el Egeo, a extenderse por doquier. Su idiosincrasia, estupendamente retratada en Tucídides por boca de los delegados corintios, es su constante y jamás desmentido deseo de imperio, de dominio sobre los demás, de *polypragmosyne*.

Ahora se va a producir una profunda inversión de valores, va a renunciarse a las grandes líneas tradicionales de la política a gran escala. Atenas tiene que renunciar a su imperio, a los territorios que constituían la segunda Confederación en 355. El hecho tiene la suficiente importancia como para que suba al poder una

20. Cf. R. SEALEY: "Callistratos of Aohidna" (*Historia*, V, 1956, 178 ss.).

21. Sobre el tema, cf. S. ACCAME: *La lega ateniense del IV secolo*, Roma, 1941.

22. Una interpretación imperialista y beli-

cista del Epitafio de Pericles ha intentado, erróneamente a nuestro juicio, H. FLASHAR: "Der Epitaphios des Perikles" (*Sitz. der Heidelb. Akademie der Wiss. Phil.-hist. Klasse*, Heidelberg, 1969).

nueva ola de políticos simbolizados por Éubulo.²³ Y esta nueva política de renuncia a la expansión encuentra su pregonero. En su discurso *Sobre la paz*, aquel mismo Isócrates que 25 años antes había cantado la gloria de Atenas y proclamado que esa gloria la hacía digna de detentar el imperio, canta ahora las ventajas de una política de paz y de no intervención.

No puede imaginarse nada tan radicalmente opuesto como el *Panegírico* y el *Discurso sobre la paz*. El primero responde a los ideales que animaban a los políticos atenienses inmediatamente después de la Paz del Rey, a su deseo de "revancha", al espíritu nunca traicionado de exaltar las excelencias y la grandeza de Atenas. Acaso sea posible, leyendo entre líneas, explicar ese entusiasmo a partir del profundo desengaño que el brutal imperialismo espartano provocó en el espíritu de los griegos. Sin embargo, tampoco puede ignorarse que en el *Panegírico* late el espíritu propagandístico que inspira a la democracia imperialista desde el primer momento y que encontramos objetivado en los *Discursos fúnebres*,²⁴ en algunas tragedias de Eurípides²⁵ y que reaparecerá, en breve, en las arengas demosténicas, que intentarán hacer renacer el espíritu de la *grandeur* ateniense. Por el contrario, en el *Sobre la paz* se hallan compendiadas las doctrinas realistas, empíricas, "burguesas" que, existentes ya antes en Atenas, no habían tenido demasiadas ocasiones para salir a la luz. Nada queda ya de la Atenas defensora de los débiles y ultrajados, campeona de la justicia y artífice de un orden que pugna por extenderse en todo el ámbito helénico. Ahora es la paz, la renuncia, la vuelta a las realidades inmediatas, la concordia con los demás estados lo que aparece en primer plano.

Con la subida al poder del partido de Éubulo se consuma la renuncia a los móviles políticos que habían puesto en movimiento la democracia ateniense desde los lejanos tiempos de Temístocles. Atenas se repliega sobre sí misma. A partir de ahora, deja de existir el divorcio entre la Atenas oficial y la Atenas real, tal y como había existido en prolongados períodos de la democracia ática.

Y, sin embargo, no fue ése el último latido de Atenas. Una cuarta generación hace su entrada en la historia. La generación que tendrá en sus manos el destino de los últimos días de lo que se ha llamado "la libertad de Grecia". Es la generación de Demóstenes, Esquines,²⁶ Foción, Demades, Hipérides, Licurgo, Filócrates. Atenas, que por un momento parece que va a intentar olvidar sus días de gloria, va a encontrarse ante la dura alternativa que le presenta Demóstenes.

Si la aparición de Persia en el horizonte político helénico había determinado un cierto cambio y una especial transformación de la tradición política, el fenómeno de Macedonia va a provocar una fuerte conmoción. No se trata ahora de jugar y valorar ni el papel de Filipo en la historia griega, ni la específica postura demosténica ante el hecho consumado de la existencia de una Macedonia expansiva y guerrera.

Desde nuestra perspectiva de oteadores de la herencia del siglo v, empero,

23. Sobre Éubulo, cf. PERLMAN en *La parola del Passato*, 1967, 174; CLOCHÉ: *La restauration démocratique à Athènes*, Roma, 1968², p. 251.

24. En general, sobre el problema, KIERDORF: *Erlebnis und Darstellung der Perserkriege*, Gotinga, 1966, 83 nota 1 y 84 nota 1.

25. Cf. ZUNTZ: *The political Plays of Euripides*, Manchester, 1963², que intenta rebajar el carácter político de estas obras, pero que discute el problema.

26. Sobre la política de Esquines, RAMMING: *Die politischen Ziele und Wege des Aischynes*, Erlangen, 1965.

es preciso que no dejemos de señalar que Demóstenes significa, como apuntábamos antes, una vuelta soñadora, y posiblemente quimérica, a las grandezas de un pasado desaparecido, sí, pero que no dejaba de gravitar sobre Atenas. En todas las ciudades griegas, y naturalmente en Atenas, aparece un partido que dirige sus simpatías hacia Filipo. Demóstenes, que al parecer inició su carrera política militando entre las filas de Eubulo, pronto se desviará de los principios políticos eubulianos para ir hacia la creación de su propio partido: un partido intransigente cuyos postulados son que Atenas debe permanecer fiel a su grandeza prístina aun a costa de los más grandes sacrificios.